

tancia de la Sericicultura italiana que nos hace pensar en la conveniencia de fomentar la industria propia redimiéndonos de la dependencia tributaria del extranjero.

Terminada la visita a la Fábrica, por los andenes del Parque vemos avanzar hacia nosotros, seguida de un diminuto gozquecillo *preciosamente horrible*, la gentil figura de la Signora Pasqualis que amablemente nos invita a su mesa. Penetramos en las estancias de la casa amuebladas con delicado y lujoso confort. Tras el *vermout*, la comida suculenta y matizada de detalles de suprema elegancia. Después la charla amena mezcla de italiano, francés y español, sobre asuntos principalmente sericícolas, mientras la señora de la casa fuma veinte y seis cigarrillos turcos y nos ofrece otros tantos dejando exhausto el interior de su preciosa colección de pitilleras.

Realizamos después una excursión a *Conegliano*. Conduce el magnífico *Fiat* el Signore Pasqualis, con singular destreza, por la lustrada carretera. Mientras en el interior del coche conversamos sonrientes con la bella dama, miro de reojo el cuenta-kilómetros. Noventa, ciento; ciento diez...; y porque la Providencia tiene para los mortales tesoros infinitos de misericordia, llegamos a *Conegliano* sanos y salvos.

